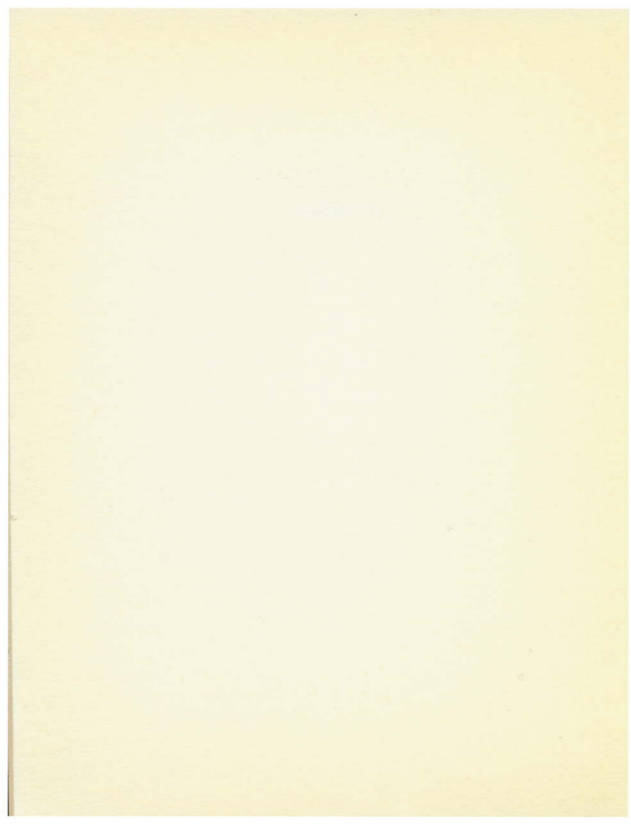


Anahí Mallol  
postdata



**postdata**



Anahí Mallol

**postdata**

SIESTA 

Ilustración: Gerardo Morel

*siesta*

Palpa 2956 "B"

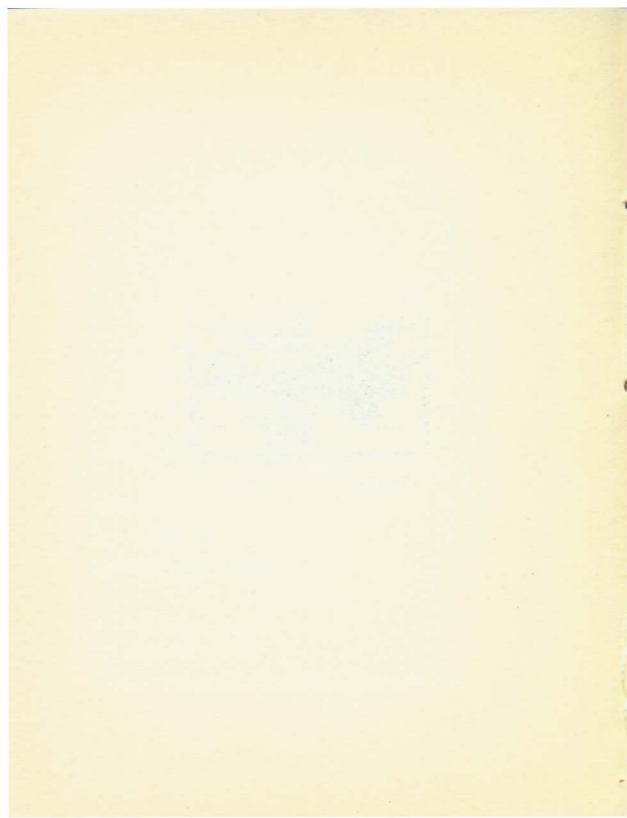
(1426) Capital Federal

© 1998, Anahí Mallol

ISBN 987-96823-4-3

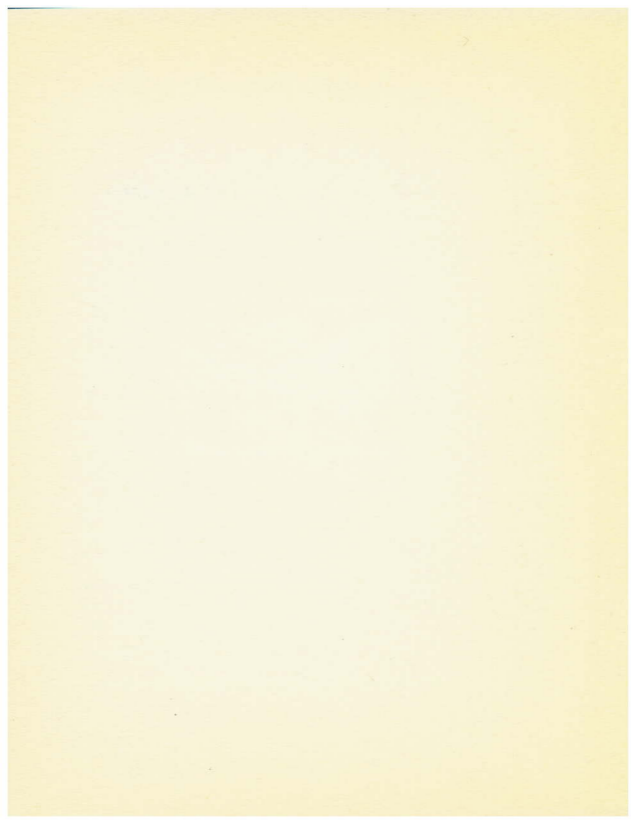
Hecho el depósito que impone la ley 11.723





*A mi padre.*





I have no child, I have nothing but a book,  
Nothing but that to prove your blood and mine.

W. B. YEATS



1

Era una mujer rubia  
que se paseaba sola  
por el horizonte de un paisaje danés.

En el sueño  
esa que soy yo grita  
y el grito cae sobre el mundo  
como nieve deshecha  
y un poco sucia.

La línea de horizonte es roja.  
En el charco los coágulos  
son un jeroglífico.

La que duerme a mi lado  
vuelve la espalda pero no despierta.  
No sabe leer y lleva un tatuaje  
blanco y negro

sobre el hombro izquierdo.

(Una vez miró un libro  
olvidado en una mesa.  
Estaba en alemán  
y no pudo saber lo que decía.  
Las letras corrían por las hojas  
como hormiguitas negras  
en una tarde de tormenta).

Detener el ritmo del grito,  
del coágulo, del sueño:  
intento de apresar una ciudad  
en la superficie  
de una tarjeta postal.

Punto cruz punto relleno  
con azul (azul de Fez)  
bordan en la penumbra  
dos mujeres jóvenes.

Desveladas  
en el cerco perfumado  
de la medina más antigua  
(ámbar, rosas, maderas)  
sueñan  
un hombre que no pueda  
él tampoco  
rezar en la mezquita,  
un lápiz Revlon  
que otorgue tornasol  
a la carne de los labios.

El mantel detenido en una mano

sonríen,  
piden con señas.

Los ojos brillan  
resaltados  
por la línea negra del kohl.

No se animan a tocarme.

El frío  
clava agujas en los ojos.  
En Ushuaia  
el sol también.

Entre terrenos baldíos  
y casas deshabitadas  
un joven camina.  
Tiene la boca manchada  
con sangre y chocolate.

Con la ventisca  
la nariz se ensancha.  
La piel se vuelve casi transparente.  
Entonces los cuerpos circulan  
abiertos como para una autopsia.

Una niña



vestida de blanco  
se detiene en una vidriera.  
Prueba zapatos imaginarios  
en sus piecitos de muñeca.  
Promete caramelos,  
la boca húmeda  
de amenazas caníbales.

En el Hospicio de las Mercedes  
donde las mesas del comedor  
son de mármol legítimo  
todos están locos.  
Sorben refrescos caseros  
con los ojos sucios de alucinaciones.

Mira al cielo  
a través de los reflejos  
de azulejos blancos.

Piensa  
en un cuerpo desnudo  
que flota boca abajo  
en un río helado.

Desatados los paisajes  
por la lluvia de luz  
del arco voltaico  
presentan en cinemascop  
bosques de lengas y de ñires  
devastados por el fuego.

Rasca la piel hasta sangrarla.

Contra el cuerpo no bastan  
el encierro ni el desierto.  
Tal vez un clavo  
en el centro de la nuca

o un fósforo que quema  
el orificio del sexo.

Pequeño, atento  
al discurrir de los sonidos  
no conoce más  
que el amor de lo que huye:  
estertores, cenizas.

Un autómatas amanerado  
que se cree ilustre como Hamlet  
pregunta obsesivamente por su padre.  
Yo aún no he muerto ahogada.

Una bolsa que me atrapa.  
Sólo penetran los olores  
y algo como una risa aguda  
o un grito  
sin timbre y sin volumen.

Presiones sobre el cuello  
como si el agua  
tuviera dedos.

El gesto de la madre  
ensaya un psicodrama  
en modo imperativo.

Respirar, comer.  
Para que no crezca.

Estuve tanto tiempo quieta  
posando para ese cuadro.  
Tal vez sangre entre las piernas.

Venecia no es  
la ciudad del agua,  
de las góndolas,  
de las dulces canzonetas italianas.

Mis manos  
con las uñas demasiado largas  
dividen la piazza San Marco.  
En el reverso:  
Te quiere mucho. Mamá.

Esta vez es una mujer  
la que me mira.  
Tiene los ojos rasgados.

Desde aquí no puedo saber  
si esas flores  
son artificiales o no.  
Percibo su perfume  
de ikebana made in Kioto.

¿Hacia qué lado se inclinará  
el sesgo entre sus piernas?

Cuando un segundo sol  
brilló sobre Japón  
(fungiforme es lo más bello  
que el hombre puede ver)  
ella estaba sola

ante el ojo oblicuo de Dios.  
Grabó sobre la piel  
un mapa sin color.

Diminuto como un sexo  
de varón recién nacido  
un dedo  
recorre el kimono de seda.  
Azul.

Sonríe frente a mí,  
ciega y quemada.  
Nunca aprenderé  
a hablar japonés.

Un falso vagabundo  
merodea los paseos  
desolados y desnudos  
bajo el sol de México.

Oculto en el decorado  
de un vestidito turquesa  
la niña quieta  
se demora en la espera  
de una voz o una deriva.

Cintas en las trenzas,  
amuletos cosidos por dentro  
de la blusa tehuana  
observa al hombre  
y lo imagina  
en una casa azul y anaranjada.  
Amante que habla tzotzil



mientras una tenacita médica  
intenta atajar la hemorragia  
que fluye entre su corazón  
y sus piernas.

Un ojo  
voraz como un coyote en la nieve  
se detiene  
entre la falda y la media.  
Corroe la blancura  
de la pierna más larga  
hasta incrustarse entre los muslos  
como una piedra roja.

Sólo estamos en mayo  
dice ella muy seria  
fingiendo arreglarse el pelo.

Con las cejas juntas y las pupilas  
dilatadas por el asombro  
los ojos parecen más negros.  
(Dejan ópalos  
en el flanco de las piedras  
como si de una princesa de leyenda  
dueña del trazo de luz  
del pájaro Quetzal  
se tratara).

Sacrificio azteca.  
Quiere preguntar  
pero casi afirma:  
Así será el amor?

Cicatrices en la espalda  
como un violín de Ingres  
fotografiado por Man Ray

se queda dormida  
sin quitarse los anillos.

Sentada sola  
sobre el ruido de las olas  
que rompen  
lee un libro  
que no tiene título.  
(El frío  
sube por la espalda  
hasta alojarse  
en el hueco  
de la nuca desnuda).

Pienso  
con vértigo  
en el color del mar  
cuando las nubes  
lo oscurecen.

Cierra los ojos

y las pestañas  
parecen más largas.

Podría tocar mis mejillas  
con esas curvas.

Suaves.

Rozarme apenas  
con las yemas  
de unos dedos casi niños  
que se han detenido  
sobre las páginas.

Grito. Me muevo.  
Ella no me mira.

La imagino rusa  
y con un bebé en la panza  
mientras contemplo

el pelo rojo  
y el tapado negro de astracán  
deshacerse entre la espuma  
como si esos  
nonatos de cordero  
de rulos diminutos  
aún ensangrentados  
estuvieran aprendiendo  
a nadar.

Imposible detener  
ese flujo de las olas  
en el momento exacto  
de la rompiente.  
Fotografías blanco y negro  
nunca son  
las auténticas marinas.

Sin embargo  
las gaviotas  
afilarán sus picos  
en esos ojos  
que nunca me miraron.

Entre chañares  
y pastos secos  
una chola camina  
cargada de hijos.  
No vuelve la cara.  
Sólo camina  
hacia la línea del sol  
brillante  
el pelo negro.

Cabras  
que esconden  
la pesadumbre del calor  
en la verticalidad  
de las pupilas  
trotan hasta el jagüel.  
Se miran  
en la superficie turbia



del agua  
que como un espejismo  
corta el desierto telteca.

Un hombre joven  
que no recuerda  
ni una palabra huarpe  
trenza tientos.  
En el silencio  
que se abre  
en el tiempo  
del silbido  
(le faltan tres dientes)  
inventa  
una infancia de lagunas  
y cañas de pescar.  
Con la boca empastada  
mastica

un trozo de panay.

La chola  
se ha perdido casi  
tras la pendiente  
de un alto limpio.

Un hombre viejo  
de piel dorada y seca  
también atraviesa los médanos.

Con la mirada  
cuenta los pasos  
nocturnos del zorro.

Los ojos  
enrojecidos por el humo  
del cigarro  
contemplan  
la cigüeña rosada

del atardecer  
sobre la geometría  
de la arena.

Un instante  
me mira  
como si no me viera.  
No tenemos  
qué decirnos.

(La curva en la espalda  
de la chola  
doblada por el viento  
y el peso de los hijos  
nada sabe  
de princesas  
que mueren en París  
a la salida del Ritz).

Con sus pasos dibuja  
las últimas sombras de la tarde  
mientras recita para sí  
alguna historia  
que no puedo  
siquiera adivinar.

El viento  
en el borde exacto  
del médano más alto  
está borrando sus huellas.

A la luz del mediodía  
arqueólogas Calvin Klein  
buscan restos  
de patrimonio cultural.  
Cacharros, flechas,  
huesos, piedritas.

El sol  
una vez más  
calienta la arena  
que el viento dispersa.

Es de noche.  
Un viento lento  
despeina mi cabeza.  
Mujeres  
de piel oscura  
se mueven en el frío.  
Cuando las miro  
hechan a volar  
miríadas de trenzas  
delgadas como gargantillas  
que brillaran al girar.

Subo y bajo  
escaleras  
manchadas de orín.  
Hace rato he extraviado  
el plano del métró.

Ocultos en las pérgolas  
de un art-nouveau auténtico  
me esperan  
con guiños en los ojos  
los hijos que no tuve.  
Nunca sonríen.  
Balbucean reproches  
en una media lengua  
desconocida.  
(Tal vez he olvidado  
el diccionario de argot).

En la superficie  
la torre  
iluminada  
como un decorado de Hollywood  
marca  
en cuenta regresiva

las noches que faltan  
para llegar al dos mil.

Pero yo camino  
espacios subterráneos  
mientras una extranjera  
que ríe sin parar  
escupe su reflejo  
de gárgola gótica  
entre las perlas  
de Coco Chanel.

Aprisionado  
por el charol negro  
de la guillermina  
un hilo de sangre  
se estanca  
entre la carne y la uña.



Caminar  
hasta que no duela.  
Imposible de cortar  
ese hilo  
que ata a la locura.

Enfermedades hereditarias  
como el color del pelo  
o el timbre de la voz  
llevan siempre  
a la estación equivocada.

Gira  
la falda roja en campana  
sobre los techos planos  
de la ciudad.

No puedo conocer  
el color de sus piernas  
(las medias  
se interponen como humo  
entre su piel  
y mis ojos).

Una lluvia suave se desliza  
recta y lenta  
sobre las cosas.

Impasible  
como la ira de un dios.

La orquesta  
persigue  
el calor del verano.  
Ella se mueve  
la vista fija  
en la cara lisa  
del bailarín  
como si lo besara.

Las piernas se cruzan.  
Un zapato de charol  
de taco muy alto  
contra el pantalón gris.  
Sonríe  
no sé hacia dónde  
y aprieta un pecho  
casi desnudo  
contra el bolsillo del saco.

Actúa  
como si no supiera  
que la estoy mirando.

Avatares  
de las niñas  
de mis ojos:  
un fluir  
inútil y callado  
que resbala  
sobre la persistencia  
de los objetos.



Tengo un perro chino.  
Me mira  
con los ojos inclinados.  
Lo llamo  
pero no viene.

En el noticiero  
hablan de un hombre  
que murió.  
No sé cómo se llama.

Semicalvo  
setenta años  
un metro sesenta y cinco  
vestía jeans  
y camisa a cuadros.

Seis agentes

de capa negra  
bajo el sol de las doce.

Mira recto  
hacia adelante  
el que camina  
por las vías.  
Los anteojos vuelan  
tras el impacto.

¿En cuántos fragmentos  
se divide  
el cuerpo  
en lucha  
contra el hierro?

Sobre el empedrado  
unos ojos

que tienen casi  
el azul del mar  
en los días de tormenta  
(¿porque absorbieron  
de un golpe  
el horizonte?)  
contemplan  
un cielo sin nubes.

Aunque no soy la viuda  
elijo un vestido  
de shantung negro  
para asistir al funeral.

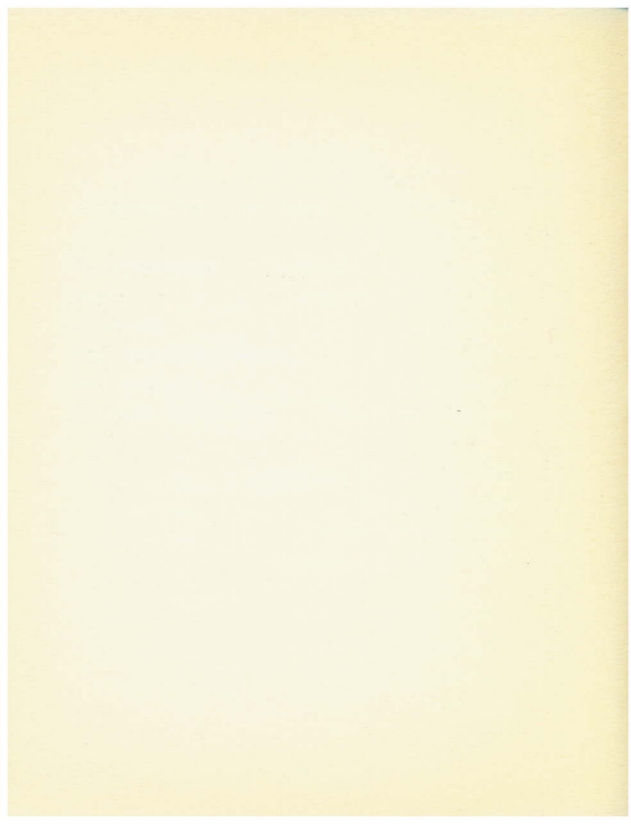
No me permiten tocar  
ninguna de sus manos.  
(La muerte  
siempre



es instantánea, me digo).

Es septiembre  
papá  
y ofrezco  
una orquídea blanca  
que empaña  
el brillo del féretro.





## índice

Era una mujer...	13
Punto cruz...	15
El frío...	17
Un autómata...	21
Esta vez...	23
Un falso vagabundo...	25
Sentada sola...	29
Entre chañares...	33
Es de noche...	39
Gira...	43
Tengo un perro chino...	47



SIESTA 

*Marina Mariasch* / **coming attractions**

*Alejandra Szir* / **extrañas palabras**

*Santiago Llach* / **La Raza**

*Carolina Cazes* / **agua salada**

*Vanna Andreini* / **bruciate/quemadas**

*Anahí Mallol* / **postdata**

La presente publicación  
se acabó de imprimir el  
día 4 de marzo de 1998  
en los talleres gráficos  
Edigraf S.A., ubicados en  
la calle Delgado, n° 834,  
Buenos Aires, Argentina.

SIESTA

